

—Hijo'e perra... — vociferó Pedro, ante la sorpresa del ingeniero y de los demás trabajadores que ya habían llegado. Le lavó las heridas con agua de su cantimplora y ensillándolo de nuevo, cuidadosamente, continuaron la marcha hasta la mina.

El minero extraño, recostado en la puerta de la cantina, dejó de reírse. Mordió el pucho de un cigarro, lo arrojó con furia contra un banco de piedra y entrando de nuevo al despacho, pidió una botella de aguardiente.

—¡De otra no te escaparás!... — murmuró entre dientes y apurando el primer vaso de aquel licor cristalino y fuerte, se quedó dormido sobre la rústica mesa...

La herida.—

Al amanecer del nuevo día, cumplíase la labor minera casi sin un recuerdo para el reciente entorpecimiento. Muy temprano, Eduardo, todavía en mangas de camisa, se asomó a la puerta de su casa. Aun brillaba, palideciendo ante el avance de la luz, el lucero del alba. En un tala cercano cantaba una calandria. Se acercó él a mirar por la barranca hacia la playa de los hornos, que lanzaban de nuevo sus bocanadas de humo amarillento y asfixiante. Entre las breñas vió huir a saltos un casal de venados serranos. Ágiles, airosos, con movimientos elegantes, de juncos, tenían no sabía qué trisuntos de encanto femenino. La semejanza artojadiza suscitó el recuerdo de María Elena. Ahora empezaba recién a sentir la rudeza del rompimiento, la imposibilidad del olvido, la amargura del desengaño que entristecía su vida. ¿Qué pensaría ella? ...

Pedro lo llamó para servirle el desayuno. Luego de tomarlo, encendió una lámpara y entró en la mina, donde inspeccionó todos los trabajos, haciendo las observaciones que creía oportunas.

Al retirarse, mientras en el socavón de entrada se apartaba a un lado para dar cabida al "cauville" recién construido, le pareció percibir cierto olor a pólvora. Asapado a las vagonetas cargadas del "depiró" con más fuerza el aire y confirmó la primera impresión. Estaban quemando pólvora lenta, como la de las mechas de dinamita... Pero, ¿dónde? ¿Y para qué ahí, donde no había trabajos?... Recordó súbitamente que hacia la derecha había un corredor abandonado y una sospecha alarmante despertó en él tenaces temores. Afirmandose como pudo en las piedras de la explotación abandonada, se internó unos pasos. Levantó la lámpara y vió, de espaldas, un hombre que preparaba una enorme carga de explosivos, como para encender una mecha de un metro de largo, más o menos.

—¿Qué hace ahí? — le interrogó, sin poder contenerse.

El otro, sorprendido en su atentado, se dió vuelta, sin pronunciar palabra, lívido de espanto. Reaccionando de inmediato, enarboló un martillo y se lo tiró por la cabeza. Eduardo tuvo apenas tiempo para desviarse un poco y evitar el golpe, cuando ya tenía al desconocido encima. Rodaron sobre los cortes anfractuados de las rocas, en una lucha desesperada. El alcohol de la lámpara, rota al caer sobre las piedras, habíase esparcido y ardía con llama azulina, amenazando llegar hasta la pólvora. Y la mecha seguía consumiéndose... Si llegaba a la dinamita, las paredes de la mina se derrumbarían estrepitosamente, obstaculizando, acaso para siempre, la boca de entrada. Sería la tragedia horrible de los peones sepultados, ahogándose desesperados en el corazón de la montaña...

En un flaqueo momentáneo del contrincante, Eduardo consiguió incorporarse. De un salto, olvidando el inmenso peligro que corría, se echó sobre la carga de explosivos y a tirones arran-

